

se pueda aplaudir que no haya seguido un orden meramente cronológico en la disposición de los materiales seleccionados, por otro, resulta difícil –y aún imposible– entender a qué corresponde, por ejemplo, esa categoría de «El estar como poesía» donde encontramos a tres poetas tan disímiles como Sánchez Peláez, Cadenas y Montejo, o cuál es ese «Reino de la esencia y el lenguaje» al que se condena a un poeta tan ajeno a la metafísica como Guillermo Sucre. Aún más, ceder a la facilidad de crear una categoría de género para nuestras poetas contemporáneas cuando muchas de ellas hace ya años que dejaron de reconocerse en la reductora etiqueta de «poesía femenina», traduce cierta pereza o cortedad. Pero lo peor es esa categoría que llama púdicamente «Interludio popular» y con la que le hace sitio a Andrés Eloy Blanco y a Aquiles Nazoa, so pretexto de que gozan de «mayor reconocimiento por parte de la gente de a pie» o de que encarnan «la sensibilidad de la gente del común». Marta Sosa se pregunta y nos pregunta «por qué van a estar de más». La respuesta más simple es porque si se quiere ser más o menos coherente no se puede presentar a la poesía venezolana moderna como una aventura crítica del lenguaje y el mundo, e incluir a dos autores que, como el antólogo bien sabe, por muy sentimentales o divertidos que sean, nunca participaron en esa aventura.

A mi modo de ver, el relativismo de Marta Sosa llega aquí a uno de sus límites: el punto donde se acaban sacrificando los criterios de juicio en aras de la buena conciencia y el panorama más exhaustivo.

El otro problema de la antología se relaciona más bien con la descripción de ciertas obras y las valoraciones que suscitan. Sorprende, de este modo, que a propósito de la ya mencionada categoría de «El estar como poesía», se diga que todos los poetas que la componen «hacen del vanguardismo, en tanto postura de innovación y réplica contraria al convencionalismo y a las rutinas o modas literarias, su perspectiva creadora». Esto quizá pueda decirse del surrealista Sánchez Peláez o del Cadenas que aspiraba aún a *épater le bourgeois* hace cuarenta años, pero no veo cómo se podría aplicar a un poeta tan ponderado y clásico como Eugenio Montejo. También sorprende que a Guillermo Sucre se le atribuya «una poética del discurso irrefrenado (sic)» o que se hable todavía del conversacionalismo, nuestra poesía de la experiencia que tiene ya más de veinte años de vida, como «la nueva pauta por adquirir definiciones acabadas en la poesía venezolana». Todas estas afirmaciones y algunas más merecen sin lugar a duda que se les discuta en nombre de la exactitud y claridad que cabe esperar de una antología como ésta. Pero lo que no tiene discusión y parece un burdo error de apreciación

es que, en una muestra tan apretada, se le concedan casi diez páginas a un poeta todavía verde como Rafael Arraíz Lucca (1959) y se despache en tres o cuatro a varias figuras mayores y dignas de mejor tratamiento como Ramón Palomares (1935), Luis Alberto Crespo (1941) o los ya citados Sánchez Peláez, Cadenas, Sucre y Montejo. Supongo que el propio Arraíz Lucca habrá sido el primer asombrado de que se le otorga tamaño privilegio en detrimento de voces de mucho más peso.

Con todo, repito, creo que hay que celebrar la aparición de esta antología en España. El lector ha de encontrar en ella, más allá de los errores de composición y de juicio que se han señalado, una estampa bastante fiel y completa de ese organismo vivo y plural que es hoy por hoy la poesía de Venezuela. Habrá más de una sorpresa, más de un descubrimiento, que ojalá le llevé a otro u otros, y despierte su interés por conocer más de un descubrimiento, que ojalá le llevé a otro u otros, y

despierte su interés por conocer más y mejor a nuestros poetas. ¿Podrá reconocer en ellos y con ellos al lugar de donde proceden? O dicho de otra manera: ¿Es la poesía venezolana actual un preciso espejo de Venezuela? Marta Sosa no parece abrigar dudas: según él, «la poesía escrita en Venezuela está profundamente prendida al país». Cabe preguntarse, sin embargo —y de seguro, más de un lector se lo preguntará—, si la alta empresa creadora que nos cuentan estas doscientas páginas no será más bien el desafío que un puñado de hombres y mujeres le lanza a su sociedad toda, si no será más bien Venezuela la que va hoy a la zaga de sus poetas y aún no corresponde a la imagen moderna que la poesía ha sabido dar de ella.

No tengo respuesta para estas preguntas pero, en las difíciles horas que conoce nuestra tierra, creo que vale la pena hacérselas.

**Gustavo Guerrero**

## América en los libros

**El gaucho argentino: pasado y presente**, *Andrés M. Carretero*, Buenos Aires, Sudamericana, 2002, 317 pp.

Carretero es un historiador bonaerense conocido tanto por sus obras de historia nacional ancladas preferentemente en el siglo XIX como por las dedicadas al tango y la vida social de la primera mitad del siglo XX. En la presente obra intenta dar una visión global del gaucho, pero con el acento puesto en su origen económico y social. Es así como dedica mucho espacio a la transcripción de testimonios coloniales en los que, sin mencionarse la palabra «gaucho» (todavía no acuñada), se habla, en forma bastante negativa, del futuro criollo pampeano, rebelde y pobre) y para colmo frecuentemente criminal. Estos testimonios trazan con suficiente claridad el destino de un grupo social que, por mestizo, fue sistemáticamente excluido desde un principio de la propiedad y de los oficios y, por ende, de la población criolla que se estaba formando y que, por su parte, ya sufría otro tipo de exclusión (social y política) por parte de la población peninsular gobernante.

Otro rasgo que asoma desde un principio en las pinturas coloniales es la vinculación de esa gente de

campo (pero no propietaria) con el caballo. Simplificando un poco puede decirse que el criollo sin tierra y sin oficio estaba condenado a vagabundear, lo cual, a su vez, le valió el ser perseguido y echado a la frontera a servir varios años de soldado por un sueldo de hambre (si acaso). Esto, a su vez, incentivó la rebelión incluso con acciones criminales y con la huida del gaucho al campo más despoblado, siendo no pocas las ocasiones en que el gaucho perseguido sólo encontraba refugio en las tolderías indígenas. Su vida poco sedentaria lo ató al caballo y a las armas blancas; su desocupación habitual lo vinculó a las actividades más aptas en las pampas para matar el tiempo: tomar mate y tocar guitarra. Es lógico que, entonces, su alimentación se redujera casi exclusivamente a la carne y que su ropa incluyera elementos muy poco hispanos como el chiripá. El hábito de carrear ganado ajeno sin permiso lo convirtió, claro está, en cuatrero. El círculo vicioso de perseguir a quien se ha condenado a la pobreza, arrinconándolo a situaciones que desembocaban en crímenes, los cuales a su vez eran motivo de más persecución, produjo la paradoja de que, en pleno siglo XIX (1810-1870), los crímenes registrados en la campaña

superararan numéricamente a los de ámbito urbano (34), fenómeno inverso al habitual en nuestros días.

De los nombres anteriores al de «gaucho» (que aparece a mediados del siglo XVIII), el autor menciona los de «mancebo de la tierra», «agregado», «arrimado», «camilucho», «gauderio» y hasta «criollo». Opino que «camilucho» es el término que dio origen a «gaucho», acentuándose primero «gaúcho» como en portugués brasileño.

La vinculación buena o mala del gaucho con el ganado vacuno y caballar hace que Carretero dedique no poco espacio a presentar datos sobre la evolución cuantitativa de ambos y, muy especialmente, sobre la aparición y evolución de la industria argentina del cuero y de la carne, sin olvidar otros asuntos campestres como las sequías y los perros cimarrones, el latifundio y la introducción sucesiva de las marcas de ganado. Pero más se explaya el autor en el tratamiento de los rasgos culturales del gaucho: sus hábitos indisciplinados, su afición por el juego, su vida miserable (con excepción de la plata usada para adornar su caballo y su «china»), el papel de la mujer en esa vida, etc. Un capítulo sumamente útil es el 5, «El gaucho según los viajeros», por su riqueza informativa. En general se trata de una obra más bien acumulativa (y bien ilustrada) que, si no fuera por la forma algo defec-

tuosa de citar las fuentes, podría servir muy bien de tesoro de datos incluso para estudios ajenos.

#### **La Pampa: Costumbres argentinas.**

*Alfredo Ebelot. Estudio preliminar por María Sáenz Quesada, Buenos Aires: Taurus, 2001, 254 pp.*

Alfredo Ebelot (1839-1920) nació y murió en Francia, pero vivió en Argentina entre 1870 y 1908, con un intervalo laboral en Brasil en 1883. En Argentina actuó no sólo como periodista en *La Patria Argentina*, *L'Union Française* (editado en Buenos Aires), *La Nación* y *La Protesta* sino que, habiéndose graduado de ingeniero en París, fue contratado en Argentina para hacer estudios de esta especialidad en la línea sur de frontera con los indios durante la presidencia de Sarmiento. También intervino con funciones similares en la llamada Conquista del Desierto, dirigida por Roca, con el grado de sargento mayor. Sus conocimientos del gaucho y de los territorios pampeanos llegaron a ser tan buenos como los de la lengua castellana. Siempre estuvo en contacto con el mundo de la política, oponiéndose en Francia a Napoleón III y reclamando la revisión del caso Dreyfus; en Argentina apoyó decididamente